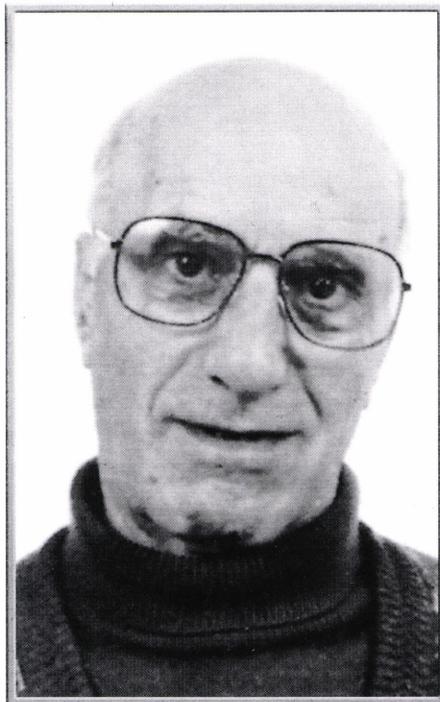
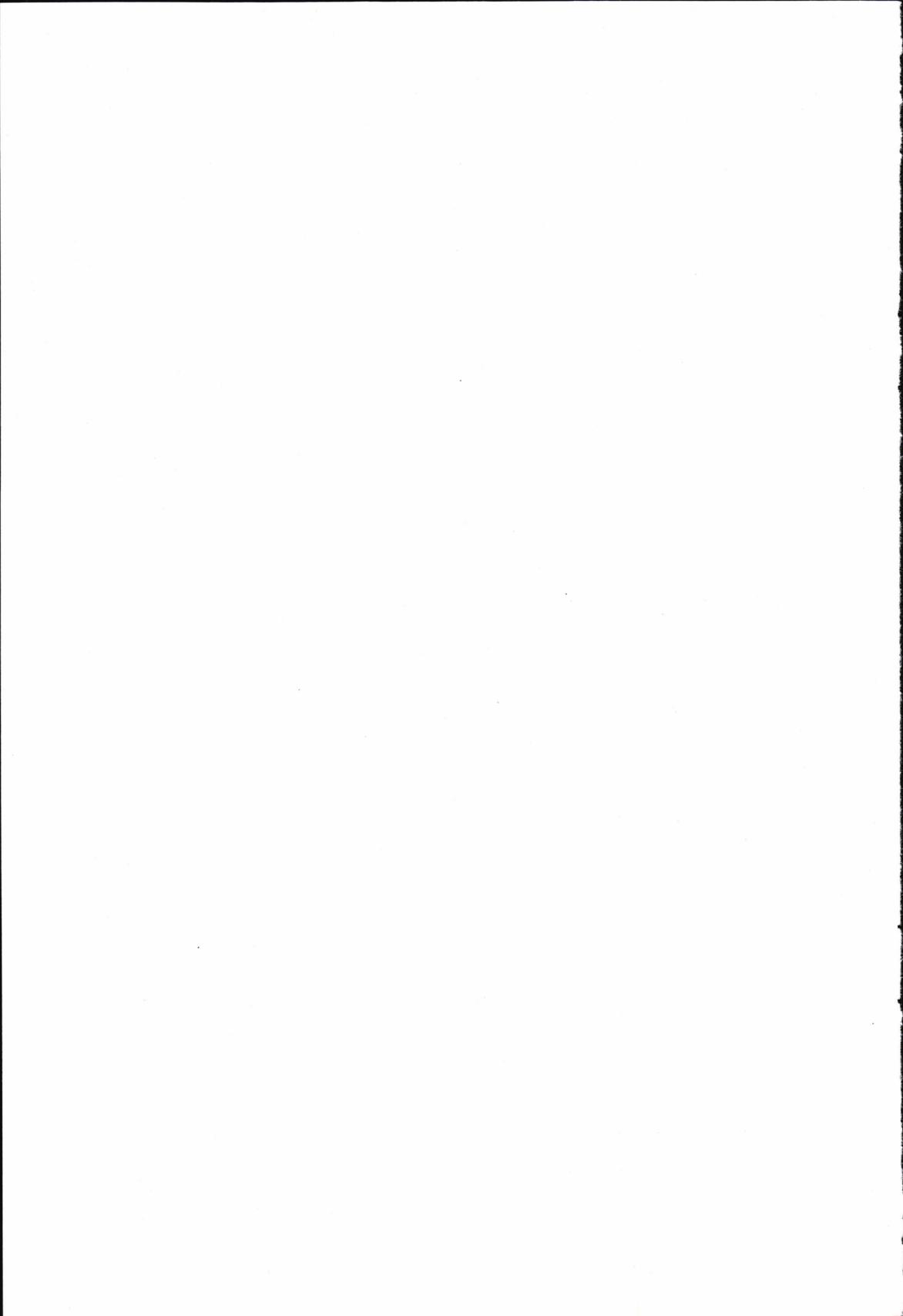


COMUNIDAD SALESIANA
“SAN JUAN BOSCO”
Arévalo (Ávila)



Sacerdote
Don Cecilio Calleja Antolín

Castrillo de Matajudíos (Burgos), 15 de mayo de 1913
† Arévalo (Ávila), 26 de octubre de 2001



1. El ocaso de una vida.

El final de una vida puede ser presentido. Tal fue el caso de don Cecilio.

Ya desde el mes de marzo de 2001 venía diciendo frases como ésta: “para lo que me queda...”. Y un día que la cocinera le acercó expresamente a él una taza de caldo, el director le dijo en plan de broma: “¡vaya enchufe!”, y él respondió: “pocas veces lo va a poder hacer ya”.

Y es que iba viendo cómo poco a poco se le iban agotando las fuerzas.

Se puede decir que a primeros de mayo, el día que le visitaron sus sobrinos, al caer rodando por las escaleras y recibir así un fuerte golpe en la frente, con la aparatosidad del rostro lleno de sangre, ese día recibió el “golpe de gracia”.

A partir de ese momento se pudo apreciar cómo no coordinaba ideas y decía cosas contradictorias. Para cuidarle en esos primeros días se le indicó que mejor era que se pasara a la Residencia “Felipe Rinaldi”, cosa que aceptó “pero sólo mientras me curo”. Y así fue, a los pocos días ya estaba otra vez con la comunidad porque, como escribía en su *Crónica Privada*, “aunque los superiores quieren que yo pase a la Residencia, si no me lo dice el Inspector, nada; yo quiero estar en mi comunidad”.

El día 10 de mayo escribía en esa misma crónica: “ya no puedo más, me canso de escribir”, con una letra apenas inteligible y tirando hacia abajo. Fueron sus últimas palabras escritas en sus apuntes personales.

Un día del mes de junio le dijo al director: “de aquí (señalando el cuello) para abajo estoy bien; pero de aquí para arriba, no”. Y ya, hacia finales de junio, en conversación con el Inspector, accedió a pasar a la Residencia, “aunque saliendo y entrando cuando quiera y comiendo con la comunidad”.

Y será el día 4 de julio, en que parte de la comunidad está disfrutando de unos días de convivencia en el Pirineo leridano, cuando sufre un infarto cerebral. Es ingresado inmediatamente en el Hospital Provincial de Ávila y los excursionistas deciden regresar también de inmediato.

Estará unos quince días en el hospital, con análisis y en observación. El infarto le ha producido la parálisis del lado izquierdo y le ha privado casi del todo del habla. Pero está consciente, entiende y se expresa por gestos. Así cuando se le sugiere recibir la Unción de los Enfermos acepta inmediatamente y participa con sus gestos.

Dado de alta, será ya miembro a tiempo pleno de la Residencia “Felipe Rinaldi”, donde es atendido con toda solicitud y cariño por las enfermeras y los salesianos, y donde es visitado por varios de sus antiguos alumnos bejaranos que tanto le quieren.

Así pasará todo el verano y entrará en el otoño. Hacia el día 22 de octubre se comienza a observar un deterioro en su aspecto, y el día 24 entra en agonía, que irá haciendo que se vaya apagando lentamente hasta las 12:40 horas del día 26 de octubre de 2001 en que fallece, consumido como un pábilo de vela.

En el instante de su muerte se hallaban a su lado el director y el encargado de la Residencia, y en ese momento llegó el médico y la enfermera, que habían sido avisados urgentemente y que sólo pudieron comunicarnos que había fallecido.

Inmediatamente se preparó la capilla ardiente en la capilla de la comunidad, donde fueron acudiendo a lo largo de la tarde salesianos, colaboradores, personal de servicio, jóvenes y miembros de la Familia Salesiana, en la medida que se lo permitían las responsabilidades del día. Al final de la tarde, toda la comunidad con un buen grupo de colaboradores y miembros de la Familia Salesiana se reunieron en torno a sus restos para rezar las Vísperas, oración de acción de gracias a Dios por ese día, el último de la vida de don Cecilio, y por esa vida llegada a su plenitud.

2. Datos biográficos.

Don Cecilio nació en Castrillo de Matajudíos (Burgos) el 15 de mayo de 1913 en la familia campesina de Antonio y Emeteria, que tuvieron cuatro hijos. Después de asistir a las clases elementales en el pueblo, el padre le envió a estudiar algunas cosas más a Castrogeriz con otros compañeros.

Hablando de su vocación al sacerdocio en los “*Recuerdos*”, que dejó escritos en 82 cuartillas mecanografiadas a un espacio hasta 1988, menciona su amistad con el párroco de su pueblo, don Román San Martín, a quien admiraba y quería imitar, aunque su familia no estaba en condiciones de correr con los gastos que suponía hacer los estudios correspondientes.

La vocación salesiana surgió en él cuando en Itero de la Vega, a donde fue a trabajar al término de la época escolar, en la huerta de un tío suyo, encontró

en 1927 a un misionero salesiano, don Filemón, que le habló por vez primera de los salesianos. Poco después en el cercano pueblo de Itero del Castillo el joven salesiano coadjutor, Manuel Martín Crespo, natural de allí, le habló del colegio misionero salesiano de Astudillo, recién abierto, pues el Aspirantado de la Inspectoría Céltica había pasado a Madrid, al Paseo de Extremadura.

Después de visitar, acompañado por su padre, al director de dicho colegio, don Pedro Olivazzo, el 3 de septiembre de aquel año ingresó en él.

En tres años realizó los cuatro cursos del aspirantado y en la tercera expedición de alumnos astudillanos marchó a Italia en agosto de 1930 para hacer su noviciado en Villa Moglia. Allí hizo su profesión religiosa el 16 de agosto de 1931.

Junto con otros cuatro compañeros le destinaron enseguida a la Inspectoría de Perú-Bolivia. En Magdalena del Mar cursó sus estudios de Filosofía entre 1931 y 1934.

Hizo su primer año de trienio en Piura, pasando luego a Callao y a Huanayo para completarlo. El 31 de enero de 1937 hizo la profesión perpetua en Magdalena del Mar.

Comenzó el estudio de la Teología en Lima (medio curso) y lo completó en el Teologado Internacional de La Cisterna en Santiago de Chile; entre los profesores del centro recordaba especialmente a don Raúl Silva Henríquez, que llegó allí en 1939 después de ordenarse de sacerdote en Turín. El cardenal Antonio Caro, arzobispo de Santiago de Chile, le consagró sacerdote el 30 de noviembre de 1940.

Con sus títulos de Maestro Nacional y de Profesor de Literatura, obtenidos en Lima, comenzó su actividad de profesor, Consejero, Catequista y Prefecto en los colegios de Callao, Arequipa, La Paz, Cuzco y Ayacucho (1941-1947).

En 1947 pensó en regresar a España y, de acuerdo con los Superiores de Turín y el Inspector de Madrid, don Modesto Bellido, emprendió el viaje de vuelta en marzo de 1948, yendo a sustituirlo en el Perú el joven sacerdote don Pedro Pérez. Los meses siguientes los pasó adaptándose al ambiente español en el colegio salesiano de San Benito de Salamanca.

Al ser destinado como Consejero a Béjar en el curso 1948-49, comenta: "caí en mi sitio". Fueron siete años intensos los que pasó en él atendiendo a todos, pero especialmente a los alumnos que se presentaban a los exámenes oficiales en la Escuela de Comercio de Salamanca, y a la dirección espiritual de sus penitentes. Testigos de su entrega llena de cariño son sus muchos anti-

guos alumnos que le recuerdan con verdadera devoción y que le visitaron múltiples veces allá donde estuviera destinado. Y en un cuadro de la Virgen del Castañar, regalo de estos antiguos alumnos y que conservó hasta su muerte en la cabecera de su cama, se lee: "Al bueno e inolvidable Don Cecilio, como testimonio de nuestro sincero afecto y cariño..."

En 1955 la obediencia le llevó a inaugurar el colegio de Los Pizarrales en Salamanca, al que se trasladaba el de San Benito, que se devuelve a la diócesis. Aquí estuvo hasta 1958 en que fue destinado a la nueva escuela agrícola de Sarracín, junto a Burgos.

Al formarse en 1961 la Inspectoría de San Francisco Javier en Bilbao, desmembrada de la de Madrid, fue como Consejero del externado al colegio de Bilbao-Deusto y Confesor de la comunidad.

En 1964 pasó como profesor, y luego como Confesor, a la Ciudad Laboral Don Bosco de Pasajes. Al aceptarse la parroquia de Rentería en 1970, le encargaron también de ella. Su empeño en ayudar a resolver también los problemas del nuevo barrio, como la escuela para los niños, el teléfono, la parada de los trolebuses a San Sebastián, la pavimentación de las calles, el alcantarillado, los ascensores de los bloques de viviendas, junto con sus visitas a las familias de los feligreses, le granjearon las simpatías de los habitantes del barrio.

En 1974, después de solicitarlo años antes al Prefecto General don Albino Fredigotti por motivos de salud, y de acuerdo con los Inspectores de Madrid, don José Antonio Rico, y de Bilbao, don Salvador Bastarrica, en julio de 1974 se incardinó definitivamente en la Inspectoría de Madrid, después de poner al corriente de la parroquia de Rentería a don Javier Arizmendi, su sucesor.

Desde 1974 a 1976 fue Coordinador de Pastoral y Confesor en el colegio de Huérfanos de Ferroviarios de Madrid.

En el curso 1976-1977, después de estar unos meses en el Parque de Automovilismo de Carabanchel Alto, fue a Roma para realizar un semestre de Formación Permanente. Al regresar, fue Administrador durante un curso en el colegio y postnoviciado de Guadalajara.

En los cursos 1978-1980 fue Confesor en el colegio de Puertollano primero, y luego en el postnoviciado para salesianos coadjutores de Pozuelo de Alarcón (Madrid), siendo además capellán de las Hijas de María Auxiliadora de El Plantío (Madrid).

En septiembre de 1980 recibió su última obediencia para esta casa de Arévalo, como Confesor y Delegado de la Asociación de María Auxiliadora.

3. Semblanza don Cecilio.

Impresiones y sentimientos sobre Don Cecilio fueron llegando a esta Comunidad al recibir la noticia de su muerte. De entre ellas destacamos algunas.

En la homilía del funeral el Sr. Inspector, don Jesús Guerra, manifestaba que, sintetizando

-“la variopinta vida de don Cecilio, tengo la sensación de encontrarme ante un salesiano de raza, en quien podemos ver cumplidos lo que los hijos de Don Bosco nos proponemos el día de nuestra profesión religiosa. Entonces él hizo una alianza con Dios en la que le ofreció todo su ser comprometiéndose a entregar sus energías a quienes Dios le enviara, especialmente a los jóvenes más pobres; a vivir con mis hermanos salesianos en comunión de espíritu y de acción, y a participar, de ese modo, en la vida y en la misión de la Iglesia (...)”

“Desde su pueblecito burgalés hasta su muerte, la entrega de nuestro hermano a los jóvenes de Don Bosco, los pobres y más necesitados, se multiplicó por diversos lugares de numerosos países: España, Italia, Perú, Chile, Bolivia le ofrecieron distintos campos de acción para hacer realidad su compromiso salesiano (...)”

“Hombre sencillo, ingenioso, ocurrente, supo llevarse bien con todos, querer y hacerse querer de sus hermanos y alumnos. A éstos los recordaba y mencionaba con frecuencia viéndose correspondido por su recuerdo y su estima.”

“Su caridad pastoral fue encontrando cauce en los múltiples lugares por los que fue entregando sus energías a los jóvenes a través de sus servicios como profesor, consejero de estudios y disciplina, catequista (o coordinador de pastoral que decimos hoy), prefecto, ecónomo, confesor.”

“Tuve la oportunidad de conocerle más de cerca y convivir con él durante un año (en Pozuelo de Alarcón) disfrutando de su bien hacer, de su gracejo, de su humildad y sencillez, de su espíritu religioso y de su profunda y creativa salesianidad”... En Arévalo “deja un testimonio bien claro de su corazón profundamente religioso, salesiano y sacerdotal”.

De los testimonios de antiguos alumnos de Béjar que me han llegado transcribo parte de uno de ellos:

-“Siempre le conocí en el puesto de Consejero, papel por cierto un poco duro por tener a su cargo la disciplina. Y pese a esa severidad que tuvo que mantener, creo que la mayor parte de los que pasamos por sus manos, le recordamos con gratitud y cariño profundos.

En mi caso, y en el de mis compañeros de curso, demostró su paternal y continua preocupación. Desde el año 1952 hasta 1956 nos atendió en la matriculación en la Escuela de Comercio de Salamanca y tenía personales contactos con los catedráticos, tras los exámenes, para ver si el aprobado o notable era raspado o alto; luego nos pasaba su comentario con las consiguientes alabanza o censura constructiva. Recuerdo aquellos días de examen en Salamanca en los que estábamos en el Colegio de María Auxiliadora en régimen de internado y a su personal cargo desde el “Bendigamos al Señor...” hasta la oración de la noche, pasando por el cuidado de que, si la hora de la comida se nos escapaba por razón de los exámenes, todo estuviese a punto; aquellas lecciones semanales de urbanidad a nivel de los 400 ó 500 alumnos en el salón del teatro... Tantas cosas que aprendiste de su mano y que luego, ya hombre joven y maduro, reconociste una vez más que eran buenas. De su actitud aprendimos a mantener con nuestros hijos el principio de autoridad y no la autoridad por principio, el respeto a la sociedad. Le recuerdo viniendo de las Salesianas tras celebrar a las 8 de la mañana, con el fuerte frío invernal de nuestro Béjar; su interés en teatro llegando a juntar componentes del Colegio, del Círculo Domingo Savio y de los AA. AA.”

Sobre su celo en la dirección espiritual, copio de la carta que me escribe una de sus dirigidas en Béjar:

-“María Auxiliadora de la que siempre he sido muy devota, puso a D. Cecilio en mi camino cuando yo tenía 24 años y atravesaba los peores momentos de mi vida.

Solo D. Cecilio con su bondad, supo transmitirme la paz y tranquilidad que yo tanto necesitaba y que hoy con mis 74 años sigo disfrutando.

Recuerdo cuántas noches invernales a las 9 de la noche cuando terminaba sus clases y demás obligaciones, me recibía en su despacho para animarme y aconsejarme.”

El párroco de Rentería, al enterarse del fallecimiento nos escribía:

-“Don Cecilio fue el primer párroco de nuestra parroquia de ‘San Juan Bosco’... durante los años que pasó en el cargo se dedicó a visitar el nuevo barrio de “Alto de Capuchinos” familia a familia.

Después de casi treinta años, todavía es muy recordado y querido en el barrio y todos recuerdan su cercanía y atención para con todos.

Todos recuerdan a ese cura de sotana, que iba por el barrio de portal en portal, visitando a todos los recién nacidos y que muchas tardes se dedicaba a entrenar a jockey y cariñosamente le llamaban el ‘padre patines’...”

Desde Roma don Juan Luquero, que fue su director el año que estuvo de ecónomo en Guadalajara, nos escribe:

-“El recuerdo que guardaré siempre de Don Cecilio Calleja es el de un salesiano amable que gana en amabilidad y simpatía cuando más se le trata”.

Un hermano de la comunidad dice así:

-“Le tuve de confesor año y medio y pude comprobar la riqueza inmensa que guardaba en su corazón.

Nunca demostró el mínimo resentimiento ni la mínima expresión de impaciencia, cuando me presentaba a decirle que me quería confesar; dejaba todo lo que tenía entre manos en aquel momento y me atendía.

Sus consejos parecían estar pensados anticipadamente, siempre practiquísimos y pisando tierra.

Fue un fervoroso salesiano.”

Como último testimonio, presento el de don Jesús Chover, uno de sus directores en Arévalo:

-“Con el fallecimiento de D. Cecilio la Comunidad de Arévalo creo que ha perdido al hermano respetuoso, prudente, observador y sincero. Amable y cariñoso sin acaramelamiento. Cuando fui destinado al cargo de Delegado Inspectorial de Antiguos Alumnos, D.

Cecilio me dijo qué pensaba de aquella 'obediencia', de tal manera que me fue sumamente útil para aceptar y emprender un trabajo que ni podía imaginar.

Cuantas veces he vuelto a pasar unas horas en la Comunidad en razón de este cargo o del actual, siempre lo he encontrado, o mejor dicho, me ha buscado al saber que iba o que había llegado, con una amplísima sonrisa y un abrazo lleno de cariño, interesándose por los más mínimos detalles sea del trabajo, sea de mi familia...

Recuerdo que hicimos una campaña para atraer antiguos alumnos a las Asociaciones. Él colaboró activamente: preparó un listado, trazó un plan de llamadas telefónicas, organizó algún encuentro con los antiguos alumnos de Béjar, siguió la campaña... Fue una de sus preocupaciones sabiendo lo difícil que resultaba atraer a uno solo a la vida asociativa."

4. Hasta Dios, don Cecilio.

Se nos ha ido al encuentro con el Padre el hermano sincero, responsable, convencido de su vocación, educador de jóvenes, inquieto para múltiples iniciativas.

Hemos recuperado, por la misericordia de Dios, al hermano que nos comprende, que intercede, que es luz permanente en la vida de muchos hombres adultos que un día fueron sus jóvenes.

Don Cecilio -¿se acuerda?-. "¿Quién ha dicho la tontería de que yo voy a ser el primero en morir y muy pronto?"

Ya ve, debió ser Dios. Y usted parecía que también tenía prisa.

Ya vive en Dios, descanse en su paz e interceda por nosotros.

Con el gozo de haber compartido mucho o algo de la vida con Don Cecilio.

Con el dolor por la separación de un hermano.

Con la esperanza de encontrarnos junto a él con María Auxiliadora y Don Bosco en el Reino del Padre, os lo encomendamos a la oración y al recuerdo cariñoso de todos los que lo conocisteis.

Y acordaos también de rezar por esta Comunidad que además de tener la misión juvenil salesiana, tiene también la misión de atender con cariño a los hermanos necesitados de cuidados permanentes.

En nombre de toda la Comunidad, os saluda con afecto,

Javier Vicente Cortés
Director

Arévalo, 26 de febrero de 2002

Datos para el Necrologio:

Sacerdote Cecilio Calleja Antolín.

Nacido en Castrillo de Matajudíos (Burgos), el 15 de mayo de 1913.

Fallecido en Arévalo (Ávila) el 26 de octubre de 2001, a los 88 años de edad,
70 de profesión y 60 de sacerdocio.